



El siglo XIX como el siglo del orientalismo



MATÍAS ALDERETE • matialderete@outlook.com

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”.
CONICET, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

Fecha de recepción inicial: 28/07/2023

Fecha de recepción final: 28/09/2023

RESUMEN

El presente trabajo se enfoca en tres aspectos que deben ser considerados como constitutivos del orientalismo europeo decimonónico. Retomando las propuestas de Said, se exploran los afanes cientificistas de los primeros orientalistas y su relación con el dominio colonial sobre Oriente; al mismo tiempo, se indaga en el rol que tuvo el Romanticismo en la proyección de un mundo oriental vinculado al misticismo y la espiritualidad. Resignificando parte de la propuesta saidiana, se abordan algunos dispositivos y artefactos que hicieron circular al orientalismo entre distintos sectores sociales, como libros de viajes, espectáculos y productos de consumo, que permitieron al orientalismo insertarse en la cotidianeidad urbana de las metrópolis.

Palabras clave: Orientalismo, Romanticismo, Consumo, Representaciones.

The 19th. Century as the Century of Orientalism

ABSTRACT

This essay analyze three aspects that must be considered as constitutive of nineteenth-century European Orientalism. Returning to Said's proposals, I explored the scientific efforts of the first Orientalists and their relationship with the colonial dominion over

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

the Orient; at the same time, this work investigates the role of Romanticism in the projection of an oriental world linked to mysticism and spirituality. Resignifying the Saidian proposal, some devices and artifacts that made orientalism circulate among different social sectors are addressed, such as travel books, shows and consumer products, which allowed orientalism to insert itself into the urban daily life of the metropolis.

Keywords: Orientalism, Romanticism, Consumption, Representation.

Introducción

Las imágenes sobre el Oriente, los orientales o “lo oriental” han despertado la curiosidad y el interés del imaginario occidental desde hace mucho tiempo, mixturando lo mágico y etéreo con lo salvaje y primigenio. Algunos autores han señalado que esta fijación sobre el Oriente se encuentra presente ya en las antiguas Grecia y Roma, desde aquellas teorizaciones sobre la figura del “déspota oriental” hasta la fascinación con el misticismo egipcio o la recurrencia de motivos estéticos en el mobiliario romano. Esta lectura sostiene que, efectivamente, Oriente es una presencia continua en la historia europea (Bernal, 1993 [1987]; Gómez Espelosín y Pérez Largacha, 1997; Gómez Espelosín, 2013).

Edward Said (2002 [1978]) ha sido quien sistematizó una teoría que establece el vínculo entre la construcción de la identidad europea a partir de representaciones sobre el Oriente en tanto ente abyecto que funciona como un espejo invertido. Es cierto que han pasado más de cuarenta años desde la publicación original de *Orientalismo*, y estas ideas parecieron ser por momentos casi una verdad irrefutable. No obstante, es en el siglo XIX cuando el orientalismo adquiere una consistencia teórica, epistémica y material como discurso. Instituciones y revistas científicas, disciplinas, pillaje de monumentos antiguos, conformación de cátedras en universidades europeas, diarios de viaje, espectáculos y un sinnúmero de otros artefactos, espacios y dispositivos le otorgaron un sustento.

En este trabajo, exploro algunas de estas cuestiones que considero nodales para comprender la coherencia del discurso orientalista, su circulación amplia y la heterogeneidad de artefactos que le permitieron cobrar espesura en un contexto

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

de rápidas transformaciones sociales, económicas y políticas en el Viejo Mundo. Posicionar la mirada en el siglo XIX permite, por otro lado, enmarcar un proceso vinculado a la apropiación del Oriente por el Occidente situado, dejando de lado aquellas lecturas que señalan al orientalismo como un discurso de larga duración y, por ende, con modificaciones menores a través de los siglos. Considero que el siglo XIX fue el del orientalismo, en tanto institucionalización, difusión y democratización de imágenes sobre el Oriente, de las cuales fueron productores partícipes tanto los sectores cultos como las clases populares. Aquí, también me alejo de algunas cuestiones señaladas por Said, para quien el orientalismo es una suerte de discurso hegemónico, producido por los sectores letrados y que circula luego socialmente, visión verticalista que ha sido ya señalada por otros investigadores (Rosenblatt, 2009; Irwin, 2012).

Es así que me propongo abordar tres cuestiones. En primera instancia, analizo el afán científicista del orientalismo, relevando los principales planteos sobre las “disciplinas orientalistas”, que vieron en los habitantes y las culturas del Oriente una superficie de proyección de los ideales europeos que ponderaron la modernización, la industrialización y el progreso científico-tecnológico por sobre la letanía y el primitivismo, justificando el dominio colonial. En segundo lugar, y paralelamente a esta perspectiva científicista, el Romanticismo como movimiento intelectual, cultural y artístico permitió exaltar aspectos místicos, sensuales y estéticos. Los viajes al Oriente se transformaron en prototípicos de la elite romántica. La estética de la naturaleza gana protagonismo, a la vez que los cuerpos femeninos se corporizan como una representación de la exuberancia y erotismo nato del Oriente. Es así que, hacia mediados del siglo XIX, las representaciones sobre el Oriente pendularon entre los tópicos primitivistas y salvajistas, románticos y exóticos.

En tercera instancia, profundizo sobre la mutación y resignificación que se da en el discurso orientalista en relación al consumo masivo y la aparición de las grandes tiendas departamentales, los dispositivos filmicos, el surgimiento de las figuras orientalizadas como parte de espectáculos y las excavaciones arqueológicas. Estos tres aspectos son constitutivos del orientalismo decimonónico.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

El orientalismo como discurso cientifizante

Un acontecimiento formal para marcar el inicio del orientalismo moderno¹ es la invasión napoleónica a Egipto en 1798 (Said, 2002 [1978]: 71-72). El avance militar francés ha sido entendido como un intento de obstaculizar el camino inglés a la India; no obstante, también es importante señalar que la llegada de Napoleón a Egipto revivió el deseo imperial, casi un destino manifiesto de cualquier gran nación europea. La expansión francesa trajo aparejados los saqueos de antigüedades que permitieron visualizar al Oriente como un objeto de estudio antiguo, al mismo tiempo que permitió la posibilidad de pensar el horizonte de sus representaciones de forma mucho más amplia y fomentando una apropiación diferencial de lo oriental (Chandler, 2015).

Pero el interés sobre el Oriente no era una novedad: desde el Renacimiento, los humanistas se vieron atraídos por el conocimiento místico del antiguo Egipto. Para algunos, descifrar los jeroglíficos egipcios era un paso necesario para llegar a comprender las verdades primigenias que sostenían el mundo, como lo afirmó Athanasius Kircher (Stolzenberg, 2013). Otros vieron en las figuras de reyes y reinas asirios y babilónicos antimodelos de realeza y deber gubernamental, inscribiéndolos en una tradición de gobernantes autoritarios, como lo hicieron Giovanni Boccaccio o Phillip Melancton (Sarha, 2020).

Para el siglo XVIII, el mundo intelectual de la Ilustración posa su mirada en el Oriente, interés fuertemente relacionado con la comparación de los sistemas políticos y culturales. Esta perspectiva, que puede denominarse instrumentalista, recurría a las sociedades orientales como parte de una operación de reflexión intelectual y política, en la cual debe destacarse “el esfuerzo analítico de la época dispuesto a abordar oposiciones y semejanzas” (Villarruel, 2009: 335). En *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, por ejemplo, Voltaire reflexiona sobre las cualidades del islam, presentándolo incluso como más tolerante que cierto cristianismo. Por otro lado, en *El espíritu de las leyes*, Montesquieu propone al temor como principio vector de la forma de gobierno despótica, propia de los orientales, que se contrapone a las formas

¹ El análisis propuesto se centrará en los orientalismos metropolitanos, que son los casos nacionales elegidos por Said que le permiten adentrarse en las estrategias discursivas del poder imperial: Gran Bretaña, Francia, Alemania y, hacia finales del siglo XIX, Estados Unidos. Sobre orientalismos hispanoamericanos, ver Taboada (1998), Tinajero (2003) y Bergel (2015).

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

de gobierno monárquica o republicana, cuyos principios son el honor y la virtud, respectivamente. En la imaginación intelectual ilustrada, Oriente tiene un rol central como elemento comparativo que permitía vislumbrar las cualidades de los sistemas políticos occidentales y el ejercicio de un buen gobierno. No hay un interés real por el Oriente en tanto objeto de estudio, sino debido a su utilización para exaltar las cualidades o las precauciones que deben tener los sistemas políticos, sociales y culturales europeos (Almarcegui, 2004; Goodwin, 2009).

Es durante la primera mitad del siglo XIX cuando se puede observar un cambio epistemológico en las relaciones entre Oriente y Occidente, apareciendo un prístino interés científico que buscaba comprender las sociedades orientales *per se*, abandonando la formalidad de la perspectiva instrumentalista y comparativa, viéndolas como un mundo por aprehender y conocer. Los orientalistas “tenían la ambición de formular sus descubrimientos, sus experiencias (...) querían poner en contacto las ideas sobre Oriente con las realidades modernas” (Said, 2002 [1978]: 72). La piedra angular de este cambio, como se ha mencionado previamente, es la invasión napoleónica a Egipto. El saqueo de antigüedades egipcias que fueron trasladadas a Francia, su circulación en colecciones privadas y el desciframiento de la escritura jeroglífica hacia 1822, que sentó las bases para la consolidación de una disciplina como la Egiptología, acrecentaron tanto la presencia como el interés sobre el antiguo Egipto en particular y el mundo oriental en general. Los artefactos egipcios pasaron de las colecciones privadas al espacio público mediante exhibiciones, motivos estilísticos en el paisaje urbano o espectáculos que buscaron brindar un contacto más estrecho con el mundo oriental (Gómez Espelosín y Pérez Largacha, 1997: 234-254).

Las tres naciones imperiales, Francia, Inglaterra y Alemania, tuvieron sus propias instituciones dedicadas a fomentar el estudio del mundo oriental, nucleando especialistas de diferentes disciplinas, como la Historia, la Filología o la Arqueología, cuyo interés central radicaba en constituir al orientalismo en un gran campo de estudio. Así, en Francia se funda la *Société Asiatique* en 1822, cuyo primer presidente fue Silvestre de Sacy, un erudito que fue maestro de numerosos filólogos. Sacy fue educado desde temprana edad en lenguas orientales, tales como árabe, siríaco y hebreo, y tuvo un importante rol en la invasión napoleónica a Egipto, pues tradujo las propagandas francesas para interpelar a los musulmanes contra el poder ruso en 1806.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

Sacy fue el primer orientalista profesional. La profesionalización del orientalismo no solamente implicó su institucionalización, en tanto la existencia de un espacio de trabajo que nucleó la labor filológica, sino también la conformación de un corpus doctrinario, un método pedagógico de la enseñanza de la filología orientalista, y la selección y formación de alumnos pupilos. La importancia de Sacy fue tal que fue el primero en intentar descifrar los jeroglíficos de la Piedra de Rosetta hacia 1802, labor que luego dejó en manos de François Champollion y Johan Åkerblad, sus discípulos (Adkins y Adkins, 2000: 63-64).

En sus estudios, Sacy planteó la *crestomatía*,² escogiendo piezas puntuales sobre la literatura árabe o india como ejemplos universales de las lenguas orientales. En su visión, estos ejemplos reflejan la realidad del objeto de estudio, demostrando la autoridad del orientalista al poder ejemplificar, a partir de una particularidad, la universidad del Oriente, clasificando y seleccionando lo más sofisticado sobre su objeto de estudio para mostrarlo al mundo.

Sobre estos supuestos, Ernest Renan propuso el método comparativo para indagar las particularidades de las lenguas estudiadas. Exacerbando elementos del orientalismo de Sacy, vio en la naturaleza una esencia antidemocrática, dando por sentado la desigualdad de las razas y la dominación de la minoría sobre la mayoría. Su trabajo como filólogo consistió en clasificar los grupos humanos: subdividir a los habitantes de los pueblos de acuerdo con sus lenguas, y decidir quiénes eran superiores y quiénes inferiores. El Oriente de Renan es pasivo y femenino, y va a revelar sus secretos mediante la acción activa y varonil del orientalista. Este es quien hace hablar a Oriente, que no puede expresarse por sí mismo. En su trabajo como filólogo orientalista, Renan clasificó y rotuló a las “razas” a partir de la complejidad de su lenguaje, considerando que las lenguas semitas eran bárbaras en comparación con la complejidad de las lenguas indoeuropeas (Said, 2002 [1978]: 175-206; 2004 [1983]: 367-371; Taboada, 2015).

El panorama en Inglaterra era similar en algunos aspectos, aunque diversificó las disciplinas que se propusieron estudiar al Oriente. Esto se debe al poco interés que

² La *crestomatía* se considera un método de aprendizaje que intenta abordar las cualidades nodales de una obra, un autor, un conjunto de autores, una escuela o tradición teórica, género literario, entre otras, a partir de una selección de fragmentos que se consideren significativos para tener una aproximación nodal sobre el tema en cuestión.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

despertó la Filología, a diferencia de Francia en donde hubo importantes esfuerzos desde instituciones estatales para establecerla como una disciplina erudita. Hay una explicación para esta situación: ni Sacy ni Renan forman parte de una elite de un genio excepcional, sino que en la Francia posrevolucionaria, los intelectuales estaban organizados de manera imperial, comandados casi por completo desde París y su trabajo se localizaba exclusivamente en instituciones estatales, que legitimaban los cánones científicos. En Inglaterra, en cambio, predominaba un conservadurismo aristócrata en la esfera cultural, que se veía como el reservorio de la alta cultura asediada por las nuevas clases burguesas, motivo por el cual las concepciones sobre las lenguas siguieron inalteradas durante mucho tiempo (Said, 2004 [1983]: 362-363).

Pero también los intereses geopolíticos hicieron que la curiosidad por lo oriental se desmarcara de la mera erudición, signo de distinción social en Francia, para pasar a la acción territorial. En marzo de 1823, se organizó la primera reunión de la *Royal Asiatic Society* en Londres, asociada a la figura de Henry Thomas Colebrooke, un funcionario colonial de la India que fue, al mismo tiempo, un estudioso del sánscrito. Junto a otras instituciones, como la *Royal Geographical Society*, desde el Estado británico se intentó aprovechar las estructuras imperiales y ciertos puntos clave en territorio asiático para realizar contactos, estudios de campo, análisis geográficos y descripciones pormenorizadas de los pueblos orientales.

Efectivamente, el pragmatismo británico hizo que convergieran el ímpetu del “conocimiento científico” con un supuesto afán de objetividad con los intereses geopolíticos. Por ejemplo, hacia finales de la década de 1830, el inglés Henry Rawlinson realizó una etnografía *amateur* sobre los *bahktiyari*, una sociedad tribal del sudoeste iraní asentada en las cercanías del río del mismo nombre, describiendo los movimientos tribales de la zona y profundizando el conocimiento geográfico y geopolítico de la región. Este tipo de trabajos eran publicados en nacientes *journals*, como la revista de la *Royal Geographical Society*. Rawlinson describe a los nativos como terroríficos, principal amenaza de las caravanas comerciales y “los más bárbaros de toda Persia”. Sin embargo, señala la monumentalidad de un paso en las montañas, llamado por los locales *Jadda Yi Atabaig*: Rawlinson da cuenta de las potencialidades comerciales de este camino, sospechando de su antigüedad milenaria que fue confirmada eventualmente por Austin Henry Layard, un joven abogado que intentaba hacer carrera en la burocracia imperial, en un trabajo de campo hacia 1842. Layard dejó asentados los movimientos tribales de la zona, pero también demostró su conocimiento geográfico

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

de la región. Las descripciones realizadas por Layard hablan de la vida cotidiana de los *bakhtiyari*: desde la inexistencia de la moneda o la forma en la cual realizan sus textiles hasta la negativa de vender pan entre ellos, realizando una observación y un registro muy amplio y detallado de la población nativa (Rawlinson, 1839: 67; Layard, 1842: 102-109; Khazeni, 2009). No obstante, no todas las misiones fueron exitosas: la empresa *Euphrates Expedition*, que tuvo lugar hacia 1836, tenía como meta fomentar la navegación de los ríos Tigris y Éufrates, para que funcionaran como una ruta de intercambio más corta y directa para el transporte de materia prima desde y hacia la India. La expedición fracasó, al no conocer las características de ambos ríos, de difícil navegación y anegadizos, y los veintiún hombres que formaron parte de la expedición nunca volvieron (Malley, 2012a: 42-43).

El caso alemán se asemeja al francés en algunos aspectos, aunque adquirió una institucionalización más tardía, ya que recién hacia 1845 se fundará la *Deutsche Morgenländische Gesellschaft*, que buscó aglutinar distintas disciplinas orientalistas. La filología germana tuvo cierta peculiaridad, relacionada con el afán de unidad nacional que para mediados del siglo XIX todavía no se había conseguido, pero también a su tardía expansión imperial: mientras las aventuras coloniales francesas y británicas se encontraban en plena acción, recién las últimas décadas del siglo XIX van a ver una Prusia con anhelos imperiales materializados, de la mano de Otto von Bismarck. No obstante, desde finales del siglo XVIII, la filología alemana se concentró en la Indología,³ cuando los tempranos estudios de Johan Adelung o Friedrich Schlegel, vieron en la lengua alemana resabios del sánscrito o persa, expresando una especie de “excepcionalidad” germana (Marchand, 2009; Wokoeck, 2009; Closs, 2022).

La falta de espacios catedráticos en las universidades alemanas para el estudio de la Antigüedad Clásica también llevaron a filólogos y arqueólogos a volcarse al estudio de las sociedades orientales, sumado a la política expansionista bismarckiana, que consolidó los vínculos con el Imperio otomano como una forma de contrarrestar las influencias anglofrancesas: en 1888, banqueros capitalistas germanos invirtieron en la construcción de un ferrocarril que unió Ankara con Istanbul y que hacia 1903 llegó incluso hasta Bagdad. Bismarck había logrado, al final, establecer una estrecha

³ En tanto campo académico que se ocupa de estudiar la lengua, la historia, la cultura o producción literaria de la India.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

relación con el Imperio otomano, que le permitió seguir sin muchos problemas las excavaciones durante las siguientes décadas (Wokoock, 2009: 147-149).

Indiferentemente de cada situación nacional, un factor que se encuentra íntimamente relacionado con este interés científico por lo oriental es la importancia del Antiguo Testamento: es así cómo las disciplinas que estudiaron al Oriente son imbuidas en el engranaje académico orientalista (Mangold, 2004). Las eventuales excavaciones arqueológicas emprendidas hacia la década de 1840 no hicieron otra cosa que profundizar el interés en la zona asiática, incluso corroborando la existencia histórica de hechos y personajes nombrados en las Sagradas Escrituras, que llevó a eruditos a abocarse al desciframiento de lenguas antiguas: si el aporte de Champollion para el desciframiento del jeroglífico fue esencial, los ingleses Henry Rawlinson y Sir Edward Hincks hicieron enormes contribuciones para hacer lo mismo con el acadio (Frahm, 2006: 77-79; Torres Torres, 2007).

En consonancia con este estudio científico del Oriente, un aspecto necesario a señalar es la intrínseca relación entre el orientalismo y la expansión imperial. Si, por un lado, la institucionalización de las disciplinas orientalistas permitió la tipificación de otro oriental, también formaron parte de una lucha de poderes imperiales, especialmente Inglaterra y Francia. Diplomáticos como el francés Paul Botta o el mencionado Layard emprendieron excavaciones arqueológicas en la zona del actual Irak. El redescubrimiento de las antiguas civilizaciones orientales fue presentado como la búsqueda desinteresada de conocimiento, cuyos motores primarios fueron la curiosidad o la pasión individual de estos sujetos pioneros; su posterior evolución disciplinar, como el fruto de la erudición (Larsen, 1996: 20-39 y 115-124). Esta lógica de análisis no permite visualizar que tanto Layard como Botta fueron agentes del Estado imperial: en sí, la cultura ha funcionado como una verdadera máquina de dominación simbólica de la cual el imperialismo ha hecho uso y a la que no siempre se le ha prestado atención (Said, 1996 [1993]: 430).

Es así que el British Museum y el Louvre fueron instrumentos en esta contienda imperial, indicativos del estatus conseguido por cada nación. La expansión europea trajo tensiones entre Inglaterra, Francia y Alemania, que fueron volcadas en la lucha simbólica de los museos nacionales, un fenómeno propio del siglo XIX: previamente, las colecciones se encontraban en manos privadas de familias acaudaladas. La Arqueología y el imperialismo fueron dos elementos que permitieron a los Estados consolidar

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

una identidad nacional desde lo particular, en su condición de franceses, ingleses o alemanes y, en lo general, como herederos culturales de la identidad europea. El museo conjugaría estos elementos, visualizándolos para un amplio público. Es así que hacia 1822, Claude James Rich, un diplomático inglés residente en Bagdad que buscaba contrarrestar la esfera de influencia francesa ante Inglaterra, dona al British Museum una colección de artefactos arqueológicos conseguidos de manera no precisada hasta el día de hoy; esta modesta colección es la primera poseída por un país occidental. Hacia 1849, este museo londinense organizó la primera exposición de antigüedades orientales cuyo exotismo y abundancia le permitió focalizar el poder imperial inglés; dos años antes, los franceses habían presentado en el Louvre su propia exposición, que incluso contó con la presencia del rey Luis Felipe (Holloway, 2004: 248-249). Alemania, debido a su particular contexto político y tardío empeño imperial, recién hacia finales de la década de 1890 empezaría a adquirir material exótico para el Königlichen Museen de Berlín y así competir con Inglaterra y Francia. En este contexto, Malley (2012a) ha sugerido que el rol que tuvieron los museos fue central en un conjunto de políticas públicas con respecto a la educación y participación cívica, entrenando a un creciente número de ciudadanos para el uso del espacio público. Demostrando el poder imperial y siendo garante de una memoria, el museo es un reservorio histórico que permite construir una identidad nacional (Tasky, 2008), basada en el viaje sin retorno de una infinidad de objetos a las vitrinas de museos europeos, que se transformó en una misión de rescate y resguardo que legitimó el ejercicio del poder colonial.

Orientalismo y Romanticismo

Un segundo elemento central para comprender el orientalismo moderno es la influencia del Romanticismo, imperante durante la primera mitad del siglo XIX, que exacerba elementos relacionados con el misticismo oriental. Surgido en el seno alemán hacia finales del siglo XVIII, se extiende ya hacia el período posnapoleónico en Francia y algo más tardíamente hacia Inglaterra, durante el período victoriano (Soriano Nieto, 2009a: 86). El romanticismo exalta al individuo y la subjetividad, contraponiéndolos a la objetividad y la racionalidad. Es una reacción a los vertiginosos cambios que se vivían en una Europa posrevolucionaria. A pesar de parecer, *a priori*, una reacción a la

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

Modernidad, Isaiah Berlin (1999) sugiere que marca la apertura hacia la subjetividad y al individuo como protagonista social, siendo esencial para consolidar al sujeto moderno.⁴

El Romanticismo trae consigo una nueva sensibilidad. La naturaleza, hasta entonces concebida como una máquina armónica y racional, se convirtió en un océano de inquietudes e incomprensión, hacia donde se podía huir de la Modernidad capitalista; confidente y espejo del artista, se materializa en sus obras a partir de paisajes extraños, borrascosos y melancólicos. El genio romántico encierra una gran insatisfacción hacia el mundo que lo rodea, lo que lo lleva a adoptar una actitud de evasión.

Es así que Oriente deviene en un objeto de contemplación estética y emocional, transformado en un espacio primigenio de la religiosidad y de la cultura, donde se hundían esos inicios misteriosos de la humanidad. La huida hacia Oriente era una obligación para la alta burguesía, que veía en esta peregrinación y estancia una manera de conectar su persona con una verdad trascendental. El viajero romántico de este época había renunciado a la concepción del viaje ilustrado, que era exhaustivamente descriptivo, ávido de conocimiento y clasificador de la alteridad partiendo de la condición de la objetividad, para pasar a convertirse en un portador de la palabra y la emoción que tenían que ver con las sensaciones y las vivencias del sujeto en su encuentro con el exotismo, que se constituye como esa atracción misteriosa por la alteridad; en otras palabras, implica una poética del viaje (Soriano Nieto, 2009b: 147-148). Sin embargo, el viaje romántico también se genera y visualiza como un elemento distintivo de la elite romántica: la curiosidad y el amor por Oriente y sus civilizaciones pueden bien ser expresiones de su subjetividad mediada por esta condición cultural privilegiada. En definitiva, el viaje es el relato de un cambio, producido en el encuentro con la alteridad que implica pensar como familiar lo foráneo y hasta diametralmente antagónico.

Si en el imaginario romántico lo mágico y etéreo se encuentran presentes en la representación oriental, la mixtura con otros elementos que perturban esta calma no es poco común. Ciertamente, la representación de un Oriente “risueño y sugestivo” no es un tópico original del Romanticismo: la traducción de *Las mil y una noches* que empezó a circular desde 1704 en diferentes puntos de Europa permitió abonar a la idea

⁴ La influencia del Romanticismo en la cultura europea desborda ampliamente los objetivos del presente trabajo, siendo un tópico de mayúscula importancia en la historia cultural occidental. Este trabajo se ceñirá a puntualizar algunos aspectos fuertemente relacionados con el orientalismo.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

de un espacio con “odaliscas con cojines de seda, tesoros vigilados por duendes, palacios con minaretes, serrallos, magos, eunucos, desiertos y jardines (...)” (Eguizábal, 2012: 9-10). La influencia romántica y posromántica, no obstante, profundiza estos tópicos.

Por otro lado, Zainab Bahrani (2001) ha señalado cómo operan una feminización y una erotización sobre el Oriente en tanto espacio de sensualidad, pasible de ser tomado y controlado por el hombre europeo. Así, la pintura orientalista pudo plasmar la magia y los paisajes monumentales intercalados con el erotismo, la sensualidad y la violencia: cuerpos desnudos de odaliscas bailando en el harén iluminadas por un halo de luz, retratos de rostros angelicales o extremadamente exotizados, extensos y lúgubres paisajes con monumentales ruinas de fondo o cuerpos masculinos delgados y harapientos, como puede observarse en el óleo de Horace Vernet *Judah and Tamar* (1840) (Figura 1).



Figura 1. *Judah and Tamar*, de Horace Vernet (1840) (Lemaire, 2008 [2000]: 181).

Descripción de imagen: Se observa una mujer blanca vestida con ropajes orientalizados en

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

donde queda expuesto uno de sus pechos. La acompaña un hombre con turbante y su camello.

Cualquier escena en esta localización del mundo permitía manifestar los deseos ilícitos, incluso prácticas con una alta carga de erotismo, como el ejemplo anteriormente citado, que alude a un episodio bíblico entre el patriarca Judá y su nuera Tamar. La narración se refiere a una unión considerada incestuosa entre los hebreos, que se concreta cuando Tamar se hace pasar por una prostituta. El tema elegido por el pintor nos pone en contacto con la mirada occidental respecto de la sexualidad oriental. Otro ejemplo se encuentra en la mirada de Gustave Flaubert que, en correspondencia con un amigo y comentando su viaje por Egipto, reconoce la atracción hacia un bailarín exótico con un porte femenino e hipersensual, exaltando la facilidad con la cual los habitantes de estas tierras reconocen sus prácticas homoeróticas (Boone, 1995). Las experiencias parecen ser practicadas en los baños de vapor, cuando “uno reserva el baño para sí mismo... y luego puede tomar un muchacho hacia uno de los cuartos. De esta manera, uno termina dándose cuenta de que todos los muchachos de estos baños son *berdaches*” (Flaubert, 1972: 572).⁵ El viaje a Oriente no solamente era una experiencia que acercaba a los individuos a sus raíces culturales, habilitándoles su redención de la contaminación moderna, sino que también les permitía establecerse en los márgenes de la normatividad debido a su condición privilegiada, sin sufrir las consecuencias sociales negativas de estas acciones.

En este sentido, Oriente aparece en la cultura romántica europea del siglo XIX con los caracteres de una revelación. El romanticismo logra otorgarle entidad no solamente al ser visto como una ausencia, sino al ser visualizado como espacio de proyección de las fantasías occidentales, siendo recuperado en el terreno de lo estético y de lo contemplativo como un otro digno de ser puesto en la escena.

La democratización del Oriente: espectáculos y consumos

⁵ La palabra *berdache* es un término francófono que hace referencia a aquel sujeto masculino, muchas veces relacionado a la prostitución, que se deja penetrar por otro. En otra carta, Flaubert confirmará que la práctica fue llevada a cabo de manera exitosa: “A propósito, tú me preguntas si he consumado la cuestión del baño. Sí, y con un joven, un muchacho con algunas erupciones, con un enorme turbante blanco (...) Para que una experiencia sea bien hecha, debe repetirse (...)” (Flaubert, 1972: 638).

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

Hacia mediados del siglo XIX, las metrópolis europeas estaban atravesando profundas modificaciones, fruto del proceso de industrialización que eventualmente las convertiría en sociedades de masa, con una naciente capa de clases medias (Furbank, 2005: 15-74, 131-146). En este contexto, los museos, los espectáculos escénicos, las obras escritas, la prensa y, más tardíamente, los productos de uso cotidiano, fueron los mecanismos mediante los cuales el discurso orientalista permeó el día a día en muchas ciudades europeas. Cada uno de estos artefactos tuvo un rol esencial en diseminar el imaginario imperial en cada una de las naciones.

Los folletos de viaje sobre el Oriente fueron el artefacto por excelencia que democratizó la experiencia orientalista. No fueron un producto nuevo, ya que entre 1690 y 1870 la cultura intelectual europea estuvo sumida en la “época de la indagación”, en la cual la observación y la documentación detallada permitían ampliar el horizonte europeo, fomentando la curiosidad por las leyes y costumbres de las sociedades exóticas (Goodwin, 2009). Los relatos de viaje en sí mismos implican un dilema, ya que se presentan como una realidad exótica y ajena traducida en palabras, acudiendo a la autoridad del escritor como forma de legitimar el relato: hay un acuerdo tácito entre autor y lector en el cual la experiencia narrada por el viajero no puede ser, de ninguna forma, falsa (Holloway, 2004; Soriano Nieto 2009a: 25-41; Mishra, 2014).

En este sentido, Rosenblatt (2009) ha señalado que los folletos de viaje han sido esenciales en la construcción de las representaciones orientales tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, especialmente a partir de 1830, cuando empieza a operar un cambio radical al ser consumidos por las ascendentes capas medias. El peregrinaje realizado por el diplomático norteamericano John Lloyd Stephens, que lo llevó por el corredor siriopalestino, Arabia y el norte de Egipto, quedó plasmado en *Incidents of Travels in Egypt, Arabia Petraea, and the Holy Land*, originalmente publicado en 1837 del que se vendieron 21.000 unidades durante los primeros dos años y continuó reimprimiéndose hasta 1882 (Holloway, 2004: 246-247). En Inglaterra, Henry Layard, uno de los protagonistas centrales del despliegue arqueológico inglés del oeste asiático, publicó sus vivencias en una serie de folletos de viajes que acercaron la majestuosidad de las civilizaciones antiguas al público: es así que vio la luz el famoso *Nineveh and its remains* hacia 1849 en dos tomos, con una encuadernación de tapa dura y hojas ilustradas de alto gramaje. Eventualmente, hacia fines del mismo año, su editor John Murray lo invitó a publicar una versión acotada de la obra para alcanzar nuevos públicos, en un solo tomo y con un nuevo título: *A popular account of the discoveries*

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

of *Nineveh*. Esta reedición eliminó las fotografías a color, redujo el gramaje del papel y modificó y abrevió el texto original, pensado para ser consumido de forma masiva (Malley, 2012a: 45-76).

El fenómeno de Layard permite dar cuenta de otro artefacto central en la circulación del discurso orientalista: la prensa. Cuando Layard publicó sus viajes, un magazine londinense acompañó la exposición pública del Oriente: la revista gráfica *Illustrated London News*. Fundada en 1842, las temáticas sobre las que la revista publicaba eran muy variadas, e iban desde arte y literatura hasta ciencia, tecnología e historia, imprimiendo 300.000 copias semanales hacia finales de 1850. Entre 1848 y 1852, el magazine se encargó de mostrar a los lectores las reliquias orientales y su posterior llegada al British Museum, haciendo parte de la actualidad victoriana la espectral antigüedad oriental (Larsen, 1996: 125-133; Thomas, 2008; Malley, 2012a y 2012b; Hvattum, 2017).

Productos y servicios y avisos publicitarios materializaron el discurso orientalista y le otorgaron una amplia circulación en sectores sociales heterogéneos. Esta situación generó que, hacia finales del siglo XIX, los sectores más acaudalados vieran horrorizados esta entrada de “las masas” al mercado de consumo, lo que los llevó a adoptar imágenes y símbolos exóticos que les permitían distinguirse de los sectores trabajadores y medios, actitud rápidamente asimilada por las capas medias (Hinrichsen, 2012: 62-65).

En efecto, para finales del siglo XIX, la llegada de productos orientales a las tiendas departamentales en las principales ciudades europeas fue recurrente, encontrándose muebles, ropas y adornos. Jarrones, kimonos, muebles de madera, esencias o pañuelos se transformaron en depositarios de valores que se les otorgaban a las sociedades orientales, no contaminados por la Modernidad europea y cubiertos con un manto de misterio que les imprimía una importante carga de espiritualidad. El gusto por estos productos incluía el interés en una religiosidad exótica, que encontraba la gratificación en un mundo de fantasía en tanto lujo asequible. De esta forma, se produce una sensación de lo que Sara Cheang ha denominado “nostalgia colonial” (2007: 3): un dispositivo que, en primera instancia, naturaliza la diferencia sexual y cultural entre una sociedad moderna y una que no lo es, exotizándola. Más importante aún, esta percepción no es otra cosa que una ensoñación colonizadora, que permitió a los consumidores formar parte del imaginario imperial occidental al poner a disposición

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

masiva del público productos que condensarían una supuesta “esencia oriental”, permitiéndoles participar de la experiencia colonial.

De esta forma, el exotismo podía formar parte de la vida cotidiana de cualquier consumidor, que demostraba su buen gusto y refinamiento. Hacia 1880, tiendas francesas como *Au Bon Marché* o *Printemps* o la inglesa *Liberty* tenían sus propios salones “orientales”, en donde ponían a disposición del público productos decorativos que permitirían exotizar su cotidianeidad (Cheang, 2007; Kamal, 2013: 135-149). La tienda departamental tuvo un papel fundamental en la constitución de modernas pautas de consumo, al mismo tiempo que delineó el doble rol del individuo en tanto ciudadano-consumidor. Formó parte de una “ficción imperial”, que articulaba las ansias de ambición y apropiación de lo exótico, fomentando una cultura de la exposición en los espacios de compra y venta, al mismo tiempo que reorganizaba el mundo en jerarquías de raza, género y clase (Kamal, 2013: 6-7).

Eventualmente, incluso productos de factoría occidental utilizaron imágenes que representaron al Oriente exótico como estrategia de venta: así fue que la industria del tabaco en Estados Unidos hizo recurrente la exotización y erotización de los cuerpos femeninos orientales para promocionar un producto pensado, en primera instancia, para el consumo masculino (Jarmakani, 2008). Pero también pudieron verse alimentos, productos de tocador y hasta indumentaria promocionados con imágenes que evocaban diferentes tópicos orientales, mostrándose como sensuales, exquisitos, místicos o placenteros. Muchos de estos productos ni siquiera eran de procedencia oriental, pero suponerla imprimía un nuevo valor a las marcas, otorgándoles un “sentido de autenticidad”, ya que solamente hacía falta “ubicar las mercancías en uno u otro escenario con tal que fuese lo suficientemente ajeno o extraño” (Eguizábal, 2012: 12).

Si los productos orientales y orientalizados formaron parte de una nueva cultura de la exhibición en el espacio público, puede decirse algo similar de espectáculos o entretenimientos para un diversificado público: teatros, óperas, salones, exposiciones o salas de lecturas. La espectacularización del Oriente no es una novedad de la segunda mitad del siglo XIX, sino que puede rastrearse desde inicios de ese siglo. En general, se recurrió a personajes fantásticos, figuras prototípicas y espacios arquitectónicos monumentales. No resulta casual, por ejemplo, el uso de figuras monstruosas egipcianizadas en los espectáculos de linternas mágicas. Estos consistían en la proyección de imágenes a partir de una caja de metal que funcionaba como proyector

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

y desde donde se emitía una fuente de luz mediante un espejo, enfrente del cual había un cañón con dos lentes convexas. Entre la fuente luminosa y los lentes se introducían imágenes, calcos sobre vidrios pintados que se proyectaban sobre paredes.⁶

Aún más reconocido fue otro espectáculo: el desenrollado de momias. Había dos protagonistas: primero estaba el médico, representante del mundo moderno científico, y después la momia, vestigio de un pasado milenario, a la que tomaba para extraerle las vendas. Luego, se limpiaba el betún y, con precisión quirúrgica, se diseccionaban y mostraban los órganos al público. El más popular de estos “desenrolladores” fue Thomas “Mummy” Pettigrew, un médico londinense que exhibió cuerpos momificados en situaciones tan disímiles como una exposición para un grupo de amigos y conocidos en la sala de lecturas del Charing Cross Hospital o ante una multitud de seiscientas personas en el Exeter Hall (Moshenska, 2014). Pettigrew incluso publicó en 1834 un libro sobre la “historia de las momias egipcias”, en el cual analizaba e hipotetizaba de forma detallada sobre las formas de momificar, sus significados y los procedimientos técnicos para separar los vendajes de los cuerpos milenarios (Figura 2).⁷

⁶ Recurriendo a esta tecnología, Étienne-Gaspard Robertson, mejor conocido como el ilusionista Robertson, estrenó hacia 1798 en los salones parisinos lo que él denominó como *Phantasmagoria*, un espectáculo que buscaba mostrar ilusiones fantasmales y demoníacas. Imágenes en movimiento y efectos sonoros acompañaban las ilusiones. Junto a brujas, figuras bíblicas y monstruos variados, Robertson y otros ilusionistas escogieron imágenes egipcianizantes para divertir a su público, mostrando incluso un ballet de momias (Stafford, 2001: 301-302).

⁷ La momia en tanto artefacto cultural decimonónico cobra una potencia seductora y mistificadora, al mismo tiempo que se visualiza como un ente abyecto y amenazante. Estrechamente relacionada con la literatura gótica y de terror, la presencia de la Antigüedad corporizada jerarquiza la necesidad del asombro y la maravilla perdidos en la Modernidad, haciendo presentes a la vez temores compartidos sobre la muerte, la persecución de los vivos por parte de fantasmas y los maleficios (Luckhurst, 2012). Jasmine Day (2006) ha señalado que en la figura de la momia conviven la idea de la víctima del mundo moderno, el tabú de la profanación de tumbas, la sensualidad y erotismo de lo desconocido y misterioso y la malevolencia del mundo de los espíritus.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

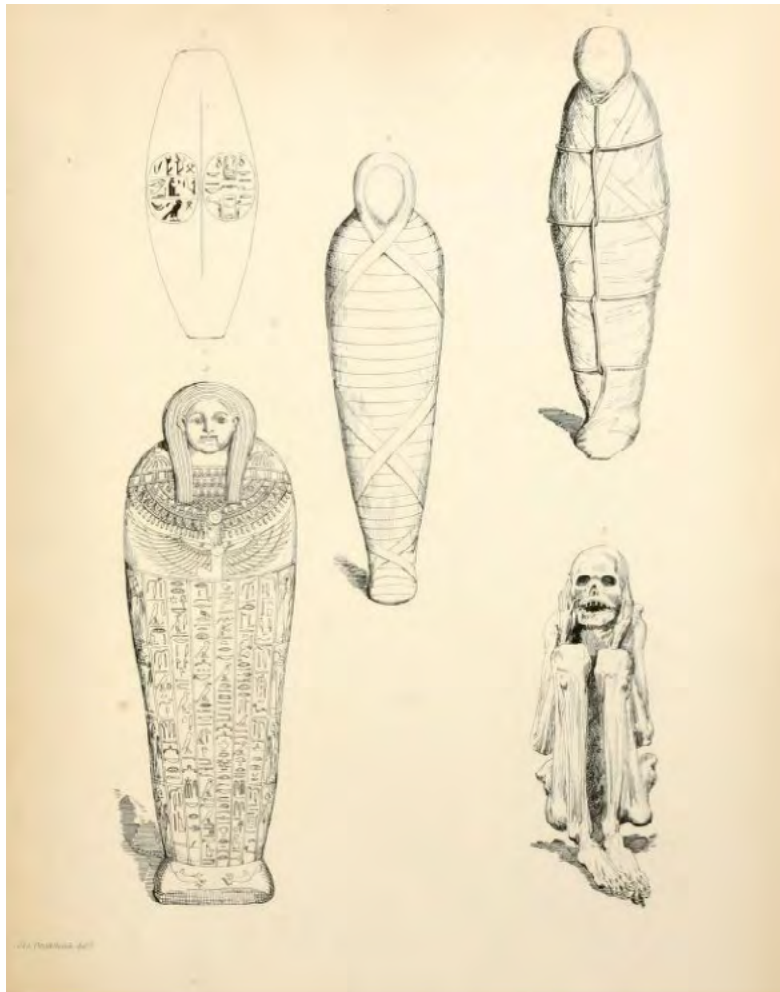


Figura 2. Desenvolvimiento de momias (Pettigrew, 1834: 307).

Descripción de imagen: Página del libro de Thomas Pettigrew en donde muestra las diferentes etapas de la apertura de un sarcófago y el encuentro con la momia.

El teatro fue un espacio de particular importancia, especialmente debido a la cantidad de obras con referencias y tópicos orientales. La obra *Sardanápalo*, dirigida y actuada por Charles Kean en 1853, sentó un precedente para el teatro orientalista en particular. Basado en el drama escrito por Lord Byron en 1822, Kean estrenó la obra en el Princess's Theatre de Londres. Buscando respetar la investigación arqueológica, Kean realizó una puesta en escena absolutamente monumental que buscaba sumergir al espectador en un Oriente épico, recurriendo a elementos estéticos que se encuentran

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

presentes en pinturas románticas. Las reseñas fueron positivas y destacaron la atmósfera monumental que Kean logró “recrear”. La obra es muy exitosa y se extiende por noventa y dos noches. En 1875, en la ciudad de Liverpool, el dramaturgo Charles Calvert pone en escena *Sardanápalo* nuevamente, imitando el estilo monumental de Kean. Eventualmente, Calvert costeó una gira por toda Inglaterra con resultados no tan sorprendentes, aunque luego exportó la obra a Estados Unidos: allí realizó ciento trece funciones en Nueva York para luego salir de gira por los diferentes estados (Richards, 2009: 50-54; Malley, 2012a: 77-102).

Otra de las obras orientalistas es la ópera *Aida*, estrenada en diciembre de 1871 en el Khedivial Opera House en El Cairo, con música de Giuseppe Verdi y una puesta en escena diseñada por el egiptólogo Auguste Mariette. La ópera se encuentra ambientada en el Egipto faraónico, y narra en cuatro actos las desventuras de la protagonista, Aida, una princesa etíope que se encuentra sirviendo como esclava a la princesa egipcia Amneris. Radamés, el capitán de la guardia egipcia, cae sometido a la belleza de Aida, de quien se enamora y comienza una relación en absoluto secreto, debido a que él también es pretendido por Amneris. Egipto, al mismo tiempo, se encuentra enfrentado con Etiopía, cuyo rey Amonasro es el padre de Aida. De esta forma, el romance, la sensualidad y el drama se hacen presentes en la obra. Said (1996 [1993]) sugiere que *Aida* formó parte de un cúmulo de estrategias imperiales occidentales que buscaban objetivar a Egipto primero y a Oriente por extensión. La labor creativa de Verdi y Mariette es parte de la autoridad orientalista de imaginar y recrear el mundo faraónico a partir de tópicos relacionados con el erotismo, la violencia y la suntuosidad. Aquí, es necesario detenerse especialmente en la elaboración musical del antiguo Egipto. Es posible sugerir que hay una construcción estereotipada del mundo faraónico a partir de la utilización de determinados sonidos e instrumentos. No se trata de “imitar” al Oriente, ni hay una influencia de música o artistas orientales: hay una recreación del antiguo Egipto, una imaginación de este mundo antiguo (Fauser, 2019). El paisaje sonoro orientalista busca presentificar al Egipto faraónico, e incluye melismas vocales, arpeggios de arpas, arabescos ornamentales, y el uso de tambores. Se busca, de esta forma, emular la sensualidad y el misticismo faraónico. Durante el Acto 2, escena 2, una puesta en escena colosal de encuentro entre esclavos invita a un baile de intensidad rítmica, *Ballabile*. Desde las primeras funciones, había cuatro grupos de esclavas bailando (etíopes, libias, egipcias e incluso asiáticas, tal vez perpetuando aquella imagen de ferocidad despótica de los imperios orientales), pero Verdi retoca la construcción musical para la escena parisina en 1880, para la cual realiza un arreglo

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

con instrumentos de viento y adiciona un sensual baile del trío de esclavas libias. Aquí, se hace presente una cadencia de los ritmos rápidos, de tambores rompiendo la melodía que acompaña el frenesí del momento, intentando capturar la supuesta esencia sensual del mundo antiguo oriental.

La llegada de la proyección fílmica hace converger todos estos aspectos señalados, en los cuales el Oriente tuvo un lugar especial en tanto espacio de fantasía. Amuletos, momias o sus extremidades (pies y manos), magia o bailes sensuales de cortesanas fueron utilizados en los primeros cortometrajes. Incluso la figura de Cleopatra fue personificada, por ejemplo, cinco veces entre 1899 y 1917. La primera de estas apariciones viene de la imaginación de Georges Méliès, el pionero cineasta francés interesado en temas de fantasías y horror, más conocido por *Le Voyage dans la lune* (1902). Un cortometraje de dos minutos titulado *Robbing Cleopatra's Tomb* (1899) presenta a la momia de la reina egipcia haciéndose eco de las fantasías sepulcrales y el misterio que rodeaba las tumbas. Un arqueólogo, personificado por el mismo Méliès, mutila la momia de la regente, para transfigurarla y convertirla en una mujer de carne y hueso. Su interés en el Oriente como inspiración de ilusiones no caducó ahí: en 1903, otro cortometraje, *L'Oracle de Delphe*, sanciona el saqueo de tumbas. Una cuestión curiosa se vincula al escenario en donde transcurre el metraje: aunque hace referencia al conocido Oráculo de Delfos en las cercanías del Monte Parnaso en Grecia, Méliès ambienta el metraje en Egipto, con las pirámides de fondo y dos esfinges protegiendo el templo en el cual un sacerdote deposita su ofrenda (Figura 3). Quien profana el templo y roba el tesoro recibe un castigo, al ser atacado por las dos esfinges.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete



Figura 3. *L'Oracle de Delphes*, de Georges Méliès (1904).

Descripción de imagen: Fotografía del cortometraje de Georges Méliès, en donde se observa un templo custodiado por dos esfinges y dos cortesanas con vestimenta egipcianizada.

Conclusiones

Este trabajo, que dista de ser exhaustivo, ha explorado algunos elementos que considero nodales en la configuración del orientalismo decimonónico. Si a principios del siglo XIX el orientalismo científico entendió al Oriente como un objeto de estudio, las disciplinas que lo estudiaron realizaron operaciones intelectuales que convirtieron a las lenguas, los habitantes y las sociedades orientales en irremediabilmente inferiores a la civilización europea; eventualmente, el orientalismo científico se transformó en una herramienta de dominación imperial. A la par, el Romanticismo hizo del Oriente un espacio de contemplación y de huida, de contacto con las raíces primigenias de la existencia: de esta forma, se lo mostró como un lugar en el cual el erotismo, la suntuosidad y lo antiguo convergían en un espacio de ensueño.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

Un último aspecto analizado se vincula a lo que se ha denominado como la democratización del Orientalismo, relacionada con el consumo y su espectacularización. El consumo empieza a ser masivo hacia mediados del siglo XIX y permite que transite en diferentes espacios sociales una idea del Oriente lujoso y monumental a través de múltiples productos, como diarios de viajes, folletos y productos encontrados en las nascentes tiendas departamentales. Este aspecto debe ser relacionado con la consolidación de la economía industrial, la ampliación de un público consumidor y el surgimiento de un sector medio. El Romanticismo le dio sustento a esta imaginación orientalista que ponderaba su espectacularización y consumo, aunque también debe entenderse que estos artefactos diversos fueron nodales para la construcción de una diferencia colonial entre Oriente y Occidente.

En definitiva, la imaginación orientalista puede leerse, según el pensamiento de Jean Baudrillard, como la relación entre la representación y su referente, en la cual hay una perversidad innata cuando se genera una virtual e irreversible confusión entre ambas (1987: 13). Como un simulacro, la representación “precede al objeto a tal punto de invertir el orden causal y lógico de lo real y su reproducción”; en este sentido, es relevante no como espejo, sino “cuando empieza a contaminar la realidad y la modela; cuando la conforma para modelarla; y finalmente, cuando se la apropia para sus propios fines, anticipando el punto donde lo real no posee tiempo para producirse como tal” (1987: 16). En otras palabras: estos múltiples artefactos puestos a disposición del público forman parte del orientalismo, generando la ilusión de preceder al Oriente para terminar por constituirlo.

Bibliografía

- Adkins, L. y Adkins R. (2000). *The Keys of Egypt. The Race to crack the Hieroglyph Code*. Nueva York, Harper Collins.
- Almarcegui, P. (2004). La metamorfosis de viajero a Oriente. *Revista de Occidente* 280: 105-117.
- Bahrani, Z. (2001). *Women of Babylon*. Londres/Nueva York, Routledge.
- Baudrillard, J. (1987). *The evil demons of images*. Sidney, The Power Institute of Fine Arts.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

- Bergel, M. (2015). *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Berlin, I. (1999). *Las raíces del romanticismo*. Madrid, Taurus.
- Bernal, M. (1993 [1987]). *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Vol. I: La invención de la Antigua Grecia, 1785-1985. Barcelona, Crítica.
- Boone, J. (1995). Vacation Cruises; Or, The Homoerotics of Orientalism. *PMLA* 110 (1): 336-356.
- Chandler, D. (2015 [1976]). *Las campañas de Napoleón*. Madrid, La esfera de los libros.
- Cheang, S. (2007). Selling China: Class, Gender and Orientalism at the Department Store. *Journal of Design History* 20 (1): 1-16.
- Closs, M. (2022). Indología y Nacionalismo: Filiación e identidad nacional en el surgimiento de la filología moderna. *Avances filosóficos* 7: 24-32.
- Day, J. (2006). *The Mummy's Curse. Mummymania in the English-speaking world*. Londres/Nueva York, Routledge.
- Eguizábal, R. (2012). Oriente vende. Tópicos y representaciones del mundo árabe en la iconografía comercial. En *Oriente en el cartel comercial español (1870-1970)*, pp. 9-18. Madrid, Casa Árabe/Instituto Internacional de Estudios Árabes y del Mundo Musulmán.
- Fauser, A. (2019). Música de otro lugar. El orientalismo en el siglo XIX. *ABAO-OLBE*: 246-251.
- Flaubert, G. (1972). *Correspondence*, Vol. I. París, Gallimard.
- Frahm, E. (2006). Images of Assyria in 19th and 20th Century Scholarship. En Holloway, S. (ed.). *Assyriology, Orientalism, and the Bible*, pp. 77-94. Sheffield, Sheffield Phoenix Press.
- Furbank, P. N. (2005). *Un placer inconfesable o la idea de clase social*. Buenos Aires, Paidós.
- Gómez Espelosín, F. (2013). *Memorias perdidas. Grecia y el mundo oriental*. Madrid, Akal.
- Gómez Espelosín, F. y Pérez Largacha, A. (1997). *Egiptomanía*. Madrid, Alianza.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

- Goodwin, K. (2009). Travelogue Writers in the Age of Inquiry: Law, Orientalism, and Enlightenment. *The Forum: Journal of History* 1 (1). Disponible en: <http://10.15368/forum.2009v1n1.5>
- Hinrichsen, M. (2012). *Racist Trademarks. Slavery, Orient, Colonialism and Commodity Culture*. Berlín, Lit Verlag.
- Holloway, S. (2004). Nineveh Sails for the New World: Assyria Envisioned by Nineteenth-Century America. *Iraq* 66: 243-266.
- Hvattum, M. (2017). *Heteronomic Historicism. Architectural Histories* 5(1). Disponible en: <http://doi.org/10.5334/ah.216>
- Irwin, R. (2012). *Popular Culture, Orientalism, and Edward Said*. Middle East Institute (MEI). Disponible en <http://www.mei.edu/content/popular-culture-orientalism-and-edward-said>. Consultado el 21/10/2018.
- Jarmakani, A. (2008). *Imagining Arab Womanhood, The Cultural Mythology of Veils, Harems, and Belly Dancers in the U.S*. Londres, Palgrave Macmillan.
- Kamal, A. T. (2013). *Empires and Emporia: Fictions of the Department Store in the Modern Mediterranean*. Universidad de Michigan. Tesis de Doctorado inédita.
- Khazeni, A. (2009). *Tribes and Empire on the margins of the nineteenth century Iran*. Seattle/Londres, Washington Press.
- Larsen, M. (1996). *The Conquest of Assyria: Excavations in an Antique Land, 1840-1860*. Nueva York/Londres, Routledge.
- Layard, A. H. (1842). Ancient Sites among the Baktiyary Mountains. With Remarks of the Rivers of Susiana, and the Site of Susa. *Journal of the Royal Geographical Society* 12: 102-109.
- Layard, A. H. (1849). *Nineveh and its Remains* (2 vols.). Londres, John Murray.
- Lemaire, G. (2008 [2000]). *The Orient in Western Art*. Postdam, Ullman Publishing.
- Luckhurst, R. (2012). *The Mummy's Curse: The True History of a Dark Fantasy*. Oxford, Oxford University Press.
- Malley, S. (2012a). *From Archaeology to Spectacle in Victorian Britain-The Case of Assyria, 1845-1854*. Londres. Ashgate.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

- Malley, S. (2012b). Nineveh 1851. An Archaeography. *Journal of Literature and Science*, 5 (1): 23-37.
- Mangold, S. (2009). *Eine "weltbürgerliche Wissenschaft". Die deutsche Orientalistik im 19. Jahrhundert*. Stuttgart, Steine.
- Marchand, S. (2009). *German Orientalism in the Age of Empire. Religion, race and scholarship*. Nueva York, Cambridge University Press.
- Mishra, S. (2014). Travelogues: An Innovative and Creative Genre of Literature. *International Journal of English and Literature* 4 (4): 45-50.
- Moshenska, G. (2014). Unrolling Egyptian mummies in nineteenth-century Britain. *The British Journal for the History of Science*: 1-27.
- Pettigrew, T. (1834). *A History of Egyptian Mummies*. Londres, Longman.
- Rawlinson, H. (1839). A March from Zohab, at the Foot of the Zagros. *Journal of the Royal Geographical Society* 9: 26-116.
- Richards, J. (2009). *The Ancient World on the Victorian and Edwardian Stage*. Londres, Palgrave Macmillan.
- Rosenblatt, N. (2009). Orientalism in american popular culture. *Penn History Review* 16 (2): 51-63.
- Said, E. (1996 [1993]). *Cultura e imperialismo*. Madrid, Anagrama.
- Said, E. (2002 [1978]) *Orientalismo*. Buenos Aires, De Bolsillo.
- Said, E. (2004 [1983]). *El mundo, el texto y el crítico*. Buenos Aires, Debate.
- Sardar, Z. (2004 [1999]). *Extraño Oriente. Historia de un prejuicio*. Barcelona, Gedisa.
- Sarha, J. (2020). Assyria in Early Modern Historiography. En Grogan, J. (ed.). *Beyond Greece and Rome. Reading the Ancient Near East in Early Modern Europe*, pp. 235-256. Oxford, Oxford University Press.
- Soriano Nieto, N. (2009a). *Viajeros románticos a Oriente: Delacroix, Flaubert y Nerval*. Murcia, Editum.
- Soriano Nieto, N. (2009b). Romanticismo y Oriente en Gustavo Flaubert. El viejo ético de la estética, Daimon. *Revista Internacional de Filosofía* 46: 145-156.

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN

El siglo XIX como el siglo del orientalismo

Matías Alderete

- Stafford, B. (2001). *Devices of Wonder: From the World in a Box to Images on a Screen*. Los Angeles, Getty Research Institute.
- Stephens, J. L. (1837). *Incidents of Travels in Egypt, Arabia Petraea, and the Holy Land*. Nueva York, Harper & Brothers.
- Stolzenberg, D. (2013). *Aegyptian Oedipus. Athanasius Kircher and the secrets of Antiquity*. The University of Chicago Press.
- Taboada, H. (1998). Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos (1786-1920). *Estudios de Asia y África* 106, XXXIII (2): 285-305.
- Taboada, H. (2015). Ernest Renan entre nosotros: de anticristo a profeta. Cuyo. *Anuario de Filosofía argentina y americana* 32: 167-188.
- Tasky, A. (2008). Usos del pasado, patrimonio, identidad y museos en discusión. Clío y Asociados. *La Historia Enseñada* 12: 29-55.
- Thomas, D. (2008). Assyrian Monsters and Domestical Chimeras. *Studies in English Literature, 1500-1900* 48 (4): 897-909.
- Tinajero, A. (2003). *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*. Indiana, Purdue University Press.
- Torres Torres, E. (2007). El desciframiento de la escritura cuneiforme: un hito que culminó hace 150 años. *Isimu* 10: 77-97.
- Villarruel, J. (2009). Oriente en la aurora de la modernidad. En González Mezquita, M. L. (coord.). *Historia Moderna: viejos y nuevos problemas*, pp. 335-346. Mar del Plata, EUEDEM.
- Wokoeck, U. (2009). *German orientalism: the study of the Middle East and Islam from 1800 to 1945*. Nueva York, Routledge.

Matías Alderete

Profesor de Historia (UBA) y Magíster en Historia Contemporánea (UNGS).
 Doctorando en Filosofía y Letras, área Historia (UBA). Becario de finalización de doctorado de CONICET, período 2022-2024, en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. Su tesis doctoral aborda la elaboración del

HOMENAJE A EDWARD SAID: HERMENÉUTICA, CRÍTICA Y LIBERACIÓN**El siglo XIX como el siglo del orientalismo**

Matías Alderete

orientalismo entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX en la ciudad de Buenos Aires. Es Ayudante de Prácticos en la cátedra de *Historia Antigua I (Oriente) "B"*, en el Departamento de Historia (FFyL-UBA), donde también ha trabajado como parte del equipo docente y/o docente a cargo de seminarios sobre Historia Antigua y recepción de la Historia Antigua. Asimismo, es docente en instituciones de formación superior de la Ciudad de Buenos Aires, en donde dicta materias de Enseñanza de las Ciencias Sociales en los profesorados del nivel primario y nivel inicial.

Contacto: matialderete@outlook.com